

“otra realidad” siguiendo la guía precisa, de un hombre de “conocimiento” como Don Juan.

La finalidad de las enseñanzas de Don Juan, consiste en el lento proceso por el cual todo hombre “ordinario” tiene que pasar, para ir adquiriendo uno a uno los secretos que harán de él un “hombre de conocimiento” como el guía. El hecho de que Don Juan se decida a transmitir esos secretos a un “extraño”, se deben a que el sabio ve en éste aptitudes y cualidades para recibir esa transmisión, y mediante ella lograr una continuidad dentro del sistema de enseñanza propio de los “diableros” o de los brujos mexicanos y de otros países. El hacer del hombre un ser de conocimiento, implica que el hombre venza a cuatro enemigos, de acuerdo a las enseñanzas de Don Juan:

El primer enemigo es *el miedo*, ya que éste aparece ante los hombres que parten en búsqueda de algo sin saber qué es, sin saber qué es lo que se va a encontrar. El antropólogo y el sociólogo estructuralista o marxista no parten nunca sin saber qué encontrar, todo lo contrario, parten de hechos estables, de conocimientos definitivos, de estructuras pensantes fijas, luego nunca tienen siquiera que enfrentarse al primer enemigo al que se enfrenta el hombre de conocimiento, es decir, el miedo a lo desconocido. En el campo de batalla del miedo, el hombre debe convertirse en un guerrero, pues si corre, nunca aprenderá. Debe desafiar al miedo, acudir a los “aliados”, y finalmente conquistarlo. Una vez logrado esto, el hombre se enfrenta al segundo enemigo:

*La claridad*. El peligro de la claridad es que ésta puede cegar a quien la adquiere y se deja deslumbrar por su brillo, a quien se rinde a la ilusión del poder que se desprende de esta adquisición. Sólo aquél que aprende que esta claridad es sólo un punto ante sus ojos, logra conquistarla, y entonces aparece el tercer enemigo:

*El poder*. El más peligroso y fuerte de los enemigos, ya que se convierte en una carga para el hombre si éste no aprende a usarlo. Además, el poder puede voltearse contra aquél que lo posee, y vencerlo, y el hombre debe constantemente desafiar al poder, pues cuando ya no “hace la lucha y se abandona”, es definitivamente derrotado por ese enemigo poderoso.

Cuando el hombre de conocimiento ha vencido a esos tres enemigos aparece el más implacable, *la vejez*, a quien nunca se la puede derrotar, pero sí ahuyentar. Si el hombre se rinde ante la vejez, si uno se “arrulla en la fatiga” se pierde la última batalla y todo lo anterior es en vano. Es preciso sacudirse el cansancio y la fatiga permanentemente y vivir su propio destino hasta el final, si se quiere ser un hombre de conocimiento.

Las enseñanzas de Don Juan están íntimamente ligadas al conocimiento del “viaje” producido por las plantas alucinógenas, y todo el proceso de conocimiento de la planta en sí; su crecimiento, sus lugares, su sexo, color, las cantidades, el procesamiento, secado, molido, cuidado, conservación, dosificación, son los pasos de toda una preparación física y mental adecuada para adquirir esos conocimientos. Cada planta, la datura, el hongo o el peyote provocan el despertar a la conciencia y al conocimiento de ciertas fuerzas.

Si son reales o irreales, escapa al interés de definirse; si interiores o exteriores, a la realidad de las cosas, es decir, más allá de la dualidad y la separación, esas fuerzas pueden ser aliados o enemigos, y es preciso aprender a reconocer a unos

y otros. Es también preciso reconocer al aliado de uno, sus reglas y sus exigencias, ya que por ello puede llegarse a la adquisición de un benefactor o un maestro, un guía, que será quien transmita el conocimiento y con quien se aprenda del lugar de todas las cosas. Castañeda, en el libro que nos ocupa, relata fundamentalmente el choque progresivo que le provoca el adentrarse en esta nueva realidad, en este mundo hasta entonces velado, y que lo conduce a cuestionar poco a poco todo lo referente a su presente, sus valores, su modo de vivir, sus juicios, su razonamiento, su razón y finalmente su conocimiento de sí mismo, de la realidad ordinaria. Las experiencias a que lo induce Don Juan están destinadas a destruir todas las certezas con las que se cubría y defendía Castañeda para conservarse dentro del marco de sus estructuras pensantes, lógicas, vivenciales, de análisis y de autoanálisis, y al concluir el primer libro de la trilogía, Castañeda reconoce con terror que la última barrera que le impedía aceptar la existencia de otra realidad se ha derrumbado completamente. Castañeda decide alejarse de Don Juan, y lo hace como sabremos en el segundo libro, *Una realidad separada*, por varios años. Es durante esos años que decide publicar el primer libro, una vez estructurada toda su experiencia, e integrada más o menos dentro de un análisis estructural con cuatro unidades y una serie extensa de divisiones y subdivisiones. Será su último intento de integrar sus experiencias y de ajustarlas a cuadros, estructuras o modelos antropológicos o sociológicos, de acuerdo a la ciencia social y a la universidad para las cuales llevaba a cabo su investigación. De ahí en adelante su trabajo da origen a lo que Octavio Paz llama la Antiantropología, que de un proceso de “conocimiento de lo otro” pasa a ser un proceso de “conversión en lo otro”, fin de la antropología, y principio de “otro conocimiento”.

Consideramos que ya era tiempo que esta importantísima trilogía llegase al público de habla española, especialmente mexicano, debido a que las enseñanzas, habiendo partido precisamente de los conocimientos de un sabio mexicano, han debido ser transmitidos originalmente a un extranjero, que los publicó en inglés, y que hubieron de recorrer el planeta entero, para que finalmente fueran recogidos de nuevo en el país que los originó, y traducidos del inglés al español hasta este año.

Alberto Ruz Buenfil  
Nov./74

DELEUZE, Gilles et GUATTARI, Félix. *L'Anti-Oedipe. Capitalisme et Schizophrenie*, Paris, Editions de Minuit, 1972, 495 pp.

Tanto el psicoanálisis, como la psiquiatría del siglo *xx*, analizan la relación entre las enfermedades mentales y la estructura familiar y parten de ésta para explicarse el origen de las primeras.

Encerrando los alcances de la sexualidad y de la producción de deseos al ínfimo espectáculo o teatro familiar, la psiquiatría y el psicoanálisis se hacen cómplices de una empresa realizada históricamente por la burguesía, es decir, la represión sistemá-

tica de la sexualidad y el deseo, y contribuyen con su praxis y con la justificación teórica de esta práctica, a mantener a la humanidad bajo el yugo de "papá-y-mamá" en lugar de acabar definitivamente con ese problema.

Con este primer postulado, los autores del ensayo que nos ocupa, Gilles Deleuze y Félix Guattari, ambos provenientes de la escuela psicoanalítica freudo marxista de Fernando Lacan, se lanzan a un análisis de las relaciones profundas existentes entre un sistema social de producción de mercancías y un sistema psíquico de producción de deseos, que están íntimamente injertados el uno dentro del otro y sujetos al mismo funcionamiento, a los mismos procesos y que conducen ambos al mismo tipo de aberraciones; socialmente al sistema de producción capitalista e individualmente a un sistema de producción psico-neurótico, sea en su variedad patológica paranoíaca, sea en la esquizoide.

Partiendo de un verdadero imperialismo analítico del complejo de Edipo, Freud y todos sus seguidores hasta nuestros días, han contribuido a la organización social del sistema productivo, eliminando entre los pacientes todo tipo de resistencia a dejarse "edipizar", y sobre todo encarnizándose contra el esquizofrénico que con su sistema de producción de deseos trata de romper (y lo logra casualmente), con la triangulación familiar, irrumpe con su voluntad de encontrarse con el absoluto en la multiplicidad, y crea graves problemas a la sociedad, por un lado, y a la teoría y la práctica psicoanalítica, por el otro.

El esquizofrénico tiene formas de encontrarse en su producción de deseos, modos que le son propios ya que sus códigos de registro no coinciden con los códigos sociales. El código delirante o deseante posee una fluidez extraordinaria pues no se ajusta a ninguna genealogía particular. El esquizofrénico pasa de un registro a otro, enmaraña los códigos, los recrea sin cesar, olvida y rechaza sistemáticamente las codificaciones banales del tipo edípico. La represión de los deseos y de la sexualidad sirve para llevar a cabo una acumulación de energía libidinosa que sirve a su vez para actualizar la función de Edipo y encauzar la potencialidad creativa del deseo en un callejón escogido y organizado por una sociedad represiva. Esta relación descubierta fundamentalmente en primera instancia por W. Reich, lo hizo partir a la búsqueda de un elemento vital y cósmico productor del deseo, que llamó la "orgona", en vez de continuar jugando el rol asignado al psicoanálisis y a los analistas en una sociedad como la contemporánea. Fue el primer analista que trató de hacer funcionar la máquina analítica y la máquina revolucionaria y concluyó finalmente haciendo funcionar sus propias máquinas orgónicas productoras del deseo, máquinas paranoicas, milagrosas o celibatarías.

Cualquier intento de replantear la importancia del mito edípico para la explicación de las patologías mentales, ha sido rechazado desde Freud hasta la actualidad por sus fieles admiradores y discípulos. Cuando los "fantasmas de grupo" aparecieron como noción analítica entre el equipo de analistas del hospital de La Borde de F. Lacan, fantasmas que se injertaban definitivamente dentro del campo social, el análisis institucional trató por todos los medios de articularlos de nuevo en la óptica del fantasma individual, y de rechazar todo paralelismo entre uno y otro campo para reducir el todo de nuevo

a la simbología edípica, castración, triangulación, familia, papá y mamá.

La práctica que los autores proponen, el *esquizo-análisis*, consiste en invertir la práctica analítica que se basa en una conversión sintética del inconsciente para un uso determinado. Esta inversión consistiría en "desedipizar", deshacer la tela de araña del padre y de la madre, atacar a las creencias, llegar hasta el centro de las máquinas productoras de deseos y destruir los cercos económicos y sociales en los que se desenvuelve el análisis institucional.

El capitalismo libera flujos de deseos, pero en condiciones sociales en las que están preestablecidos sus límites, su recuperación y asimilación, y con ello su disolución. Esto no es el producto de un azar o de una coincidencia, sino que tiene sus bases en la estructura de propiedad de la tierra, en las civilizaciones primitivas, y en el proceso que a través de la historia han seguido las estructuras sociales entre los hombres. De hecho basta un estudio sobre las estructuras tribales aún existentes en nuestros días y que todavía no han sido integradas al sistema capitalista en ninguna de sus formas, para encontrar que, tanto la simbología de los mitos como la explicación de los orígenes, determinan en una forma totalmente distintas las relaciones entre sus habitantes. Allí no se encuentran, ni por coincidencia, síntomas de neurosis familiares, ni complejos edípicos, ni psicopatologías derivadas de la triangulación, el miedo a la castración, de ninguna de las simplificaciones a que quiere reducir toda la problemática psíquica el psicoanálisis institucional.

Tales culturas incluso pueden invocar otros tipos de triangulación, como el uterino-tía-sobrino, pero los imperialistas edípicos tratan a toda costa de demostrar que no son sino variaciones imaginarias del tema que les obsesiona, y tratan también, por todos los medios de ajustar la etnología a los esquemas freudianos para, a través de ello, ejercer una influencia en la determinación del tipo de reformas a llevar a cabo para ajustar a los "salvajes" y a los "bárbaros" y a los modos de comportamiento y estructuras familiares de los "civilizados" (ésta era antes la tarea de los curas católicos durante la época de la conquista). Toda la historia de las colonias ilustra suficientemente el paso de la forma estructural de las culturas colonizadas a las estructuras de las metrópolis por medio de la imposición de maquinismos sociales que determinaron nuevas formas de acoplar las máquinas productoras de deseos de los colonizados a una maquinaria social productora de mercancías. El tabú, o la prohibición del incesto, ha sido una de las codificaciones más importantes por las cuales se ha llevado a cabo la formación imperialista del Edipo y el remplazo de la triangulación mágica: voz-audición, grafismo-cuerpo y oído-dolor, que constituyen básicamente los tres vértices de la iniciación ritual dentro de las culturas "primitivas".

El desarrollo del Estado complementa el desarrollo de este proceso, ya que el Estado moderno es la maquinaria social por excelencia. Es a partir de su creación como Estado despótico, en el feudalismo, que se instaura como regulador de los flujos, centralizador de las codificaciones hasta entonces dispersas, y es el protagonista principal de una historia en la que se convierte de más en más en el "monstruo helado que representa la cabeza o el cerebro del organismo: el 'Urstaat'".

El papel del dinero como agente de cambio universal, como

regulador de las relaciones sociales, trae consigo una nueva variable dentro del sistema que tiene por ello que desterritorializarse del centro a la periferia e implica una ampliación de los poderes del Estado codificador y de la maquinaria capitalista a escala mundial. Un complejo político-militar-económico garantiza la extracción de plusvalía humana en las zonas periféricas, a cambio de una movilización de recursos de capital de conocimientos (información, tecnología, ciencia). Los Estados socialistas no son sino los aprendices y herederos del Estado capitalista, sin la capacidad de recuperación que este último ha aprendido a desarrollar. Desterritorializando, por un lado, la sociedad capitalista aprende a reterritorializar en otros lados, neo-arcaísmos con aplicación moderna, actualizados.

El delirio universal se ve forzado a tomar dos direcciones: una corriente de flujos con sobrecarga paranoica reaccionaria y una corriente de flujos con cargas esquizofrénicas y revolucionarias. El triángulo edípico constituye la territorialidad íntima y privada que corresponde a todos los esfuerzos de reterritorialización social del capitalismo. Esta representación límite se ha convertido en la representación ideal misma del deseo en tal tipo de sociedades.

Es por eso que la tarea fundamental del *esquizo-análisis* es invertir el teatro de la representación, encontrando bajo los fantasmas individuales la naturaleza de los fantasmas de grupo, los agentes colectivos y las imágenes que forman los mecanismos propios de la psique y de la sociedad.

Edipo es, antes que nada, la idea de un paranoico adulto antes de convertirse en un sentimiento infantil de neurosis. La esquizofrenia no se reduce ni se encierra en los marcos de la matriz familiar, y su flujo parte en la dirección del cosmos histórico o del caos histórico, en contra de la castración paranoica edípica.

En cierta medida la esquizofrenia y la paranoia son los productos límites que el capitalismo puede producir. La primera como una estructura de un cuerpo sin órganos, sin organismo, y la segunda como un cuerpo pleno, integrado como un organismo estable. La sociedad impone como base para su estructuración, la identificación del individuo con un sexo. El esquizo-análisis propone, por lo contrario, que cada quien asuma todos los sexos que su mecanismo de producción de deseos le ofrezca. En el psicoanálisis institucional al entrar al gabinete del analista todo está jugado de antemano: lo imaginario y lo simbólico, lo imaginario edípico y su estructura edipizante, la identidad imaginaria de personas y la unidad estructural de las maquinarias. Es F. Lacan el primero que busca una nueva vía; esquizofrenizar el campo analítico en lugar de edipizar el campo psicótico. Tanto Fromm como Reich se quedaron cortos en sus críticas al psicoanálisis ya que éste no sólo es un aparato burocrático y militar de represión social, sino que también es un mecanismo de absorción de la plusvalía, instrumento intrínseco de la maquinaria del capital. La antipsiquiatría fue bastante lejos con Laing y Cooper en el sentido del rechazo a la psiquiatría y el psicoanálisis institucional; sin embargo no ha logrado liberar todos los flujos del movimiento esquizoide de desterritorialidad que conduzcan a la abolición de la locura (y no a su conversión en "enfermedad mental"). El *esquizo-análisis* se propone renovar esa tendencia para llevarla más allá de los límites alcanzados por la

antipsiquiatría. El punto de fusión de la maquinaria revolucionaria, la maquinaria artística (en su sentido radical), la maquinaria científica y la maquinaria esquizo-analítica serán las piezas de una maquinaria que concluirá por crear el teatro de la crueldad donde la desterritorialidad se lleve a cabo. El proceso esquizofrénico encierra los gérmenes de una revolución posible en contra de la tendencia paranoica cuyos flujos son conformistas, reaccionarios y fascistoides. Es necesario para ello que los esquizoides se resistan a dejarse edipizar, y que lleven a cabo su desneurotización producida por la represión a que están expuestos socialmente, es decir, que se deshagan de todo familiarismo, se desfalicen, descastricen, se deshagan del teatro de la ilusión y de los fantasmas, descodifiquen, desterritorialicen, y lleven a cabo un descubrimiento real del campo social en que se encuentran injertados.

Este es, en suma, el tratado de Guattari y de Deleuze que nos hemos propuesto reseñar.

Alberto Ruz B.

FURTAK, Robert K. *El partido de la revolución y la estabilidad política en México*, México, UNAM, FCPyS, 1974, 210 pp.

La Revolución Mexicana de 1910 aparece ante nuestros ojos como un doble movimiento histórico: el de una insurrección campesina generalizada, puesta en pie de guerra civil como única posibilidad de alcanzar sus objetivos mediatos e inmediatos; y el de un movimiento reformista propiamente urbano que se consolidaba ante todo como un movimiento político, puesto en armas como única alternativa de desarraigar los vicios inherentes a la dictadura porfirista que la hacían posible.

Esta doble movilización llevó a la multipolarización de la Revolución Mexicana, en tanto que las bases programáticas del movimiento reformista se aseguraban únicamente mediante el ascenso y la retención del poder político, y el rápido fenechimiento del movimiento campesino insurreccional se convirtió en una mera asonada política regional y local debido a la escasa participación política que en tanto lucha de clases le otorgaba su misma base programática ideológica.

La multipolarización del movimiento revolucionario y el escaso alcance político programado de las asonadas revolucionarias locales y regionales, convirtió al movimiento revolucionario en un caos político donde fulguraban los grandes ascendientes de los caudillos principales. Los asesinatos continuados de Carranza, Obregón, Zapata y Villa llevaron a esta etapa turbulenta de nuestra historia a la consolidación del poder militar en forma de maximato político. Esta forma de asunción del poder político en base a los caudillos que aún mantenían cierto prestigio, cristalizó principalmente con Calles.

El gran atributo del maximato político y del caudillismo, consistió (y acaso consiste aún) en la institucionalización de sí mismo como el poder político en turno y como la encarnación revolucionaria propiamente dicha, en las figuras de los diferentes personajes de cada etapa.

De allí, de esta institucionalización del poder militar, de-